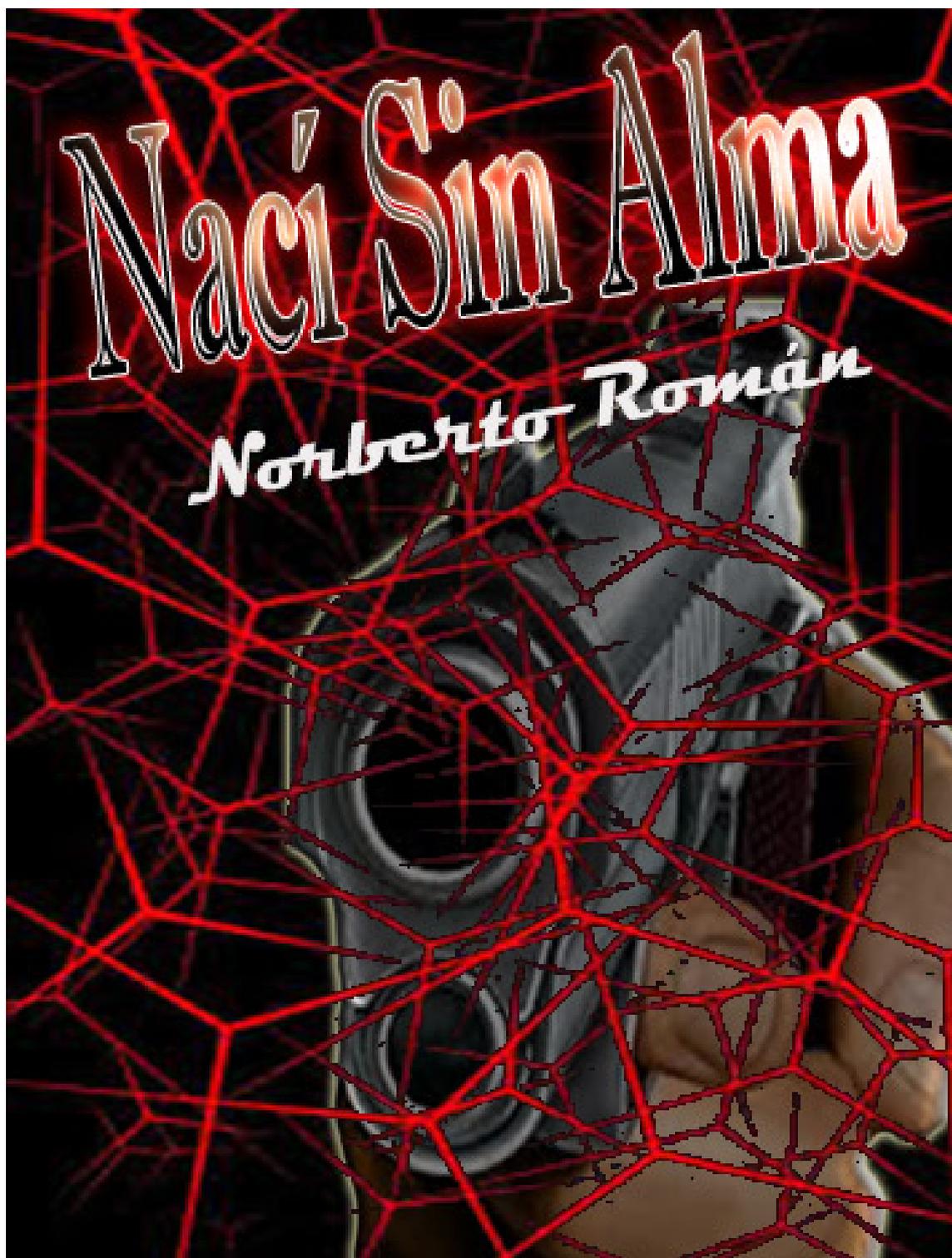


NACÍ SIN ALMA

BREZZO



Capítulo 1

Nací sin alma

Mi padre me dijo que tuviera cuidado con esos que se sientan mi lado aparentando ser buenas ovejas, porque al final del juego terminan sacando sus colmillos y estarán dispuestos en cualquier momento en devorarme. También dijo que no profanara del poder que se me concedió, que lo utilizara sabiamente ya que, de la noche a la mañana, las tormentas soplan y los más duros terminan cayéndose sin dejar huellas en sus caminos. Se desaparecen como estrella fugaz en el cielo. Hoy narro una parte de mi historia. Tras estos barrotos la tinta y el papel vuelven a enamorarse entre los dedos sombreando un paisaje que tengo retratado en el interior.

Era el 1983 y las cosas marchaban de maravilla para la familia Ghetan. En la urbanización estaban alegres por mi advenimiento, pero en especial, mi padre, quien insistió en tres intentos y en su infinito desespero, logró dar en el blanco. Soy el menor de tres hermanas y llegué al mundo sin saber el juego que manosearía. Seguramente, tú que lees, pones a jugar a tus hijos con cualquier tipo de juguete como debe ser. Y, probablemente disfrutas de ellos, pero yo no tuve esa suerte. Jugueteé con una pistola 22 a los tres años y mi padre disfrutaba mucho, por lo que tengo entendido. A los seis, disparo mi primera bala y fue dirigida a una paloma con el refuerzo de mi padre. A los doce, ejecuté al primer hombre. Me acuerdo de esa escena como si fuera hoy. Temblaba como corderito. Mis pequeñas manos sudorosas, casi no aguantaban el peso del revolver 357. Tío Black le había trazado un círculo rojo en la faz de su empaldecido rostro.

El personaje, obstaculizado de pies y manos en una silla de madera, le suplicaba entre gemidos a mi tío quien en ese instante embozaba una sonrisa demoniaca envuelta en la abrumadora y oscura atmósfera que sus pobres ojos grises apreciaban en su trágico final. Que lo hiciera él, que cómo era posible estropear mi adolescencia, y aun así esas palabras no lo detuvieron. La orden que había dado mi padre se tenía que cumplir. Era clara y resta como la bala que saldría del revolver. Black se añangotó y me habló al oído diciendo:

—Hoy serás un hombre como tu padre, valiente y dispuesto a lo tenebroso de la vida. Me encargaré de contarle lo valiente que eres. Así que deja de temblar. Los hombres fuertes no tiemblan ante nada. ¿Ves ese círculo? Ahí tienes que dar el disparo. Acuérdate cómo lo hacías con las palomas.

Y prontamente un grito de Black hizo que disparara.

El cuerpo se fue hacia atrás dejando en mi cerebro aquella escena plasmada. Hasta el día de hoy, aquel rostro me acompaña todas las noches en este fastidioso encierro. Black caminó hacia mí aplaudiendo. Me hablaba, pero no lo escuchaba. Estaba en estado catatónico. Agachó nuevamente su cuerpo hasta mis hombros y llevó sus dos manos a mi perfil. Dándome unas pequeñas cachetadas, me tomó de la mano y empezamos a caminar para marcharnos de aquel garaje de mecánica. Miré hacia atrás buscando al muerto y mientras me alejaba lo único que podía ver era el revolver a niquelado que brillaba como un diamante por los rayos del sol que entraban por el tejado hasta que poco a poco lo fui perdiendo de vista.

Capítulo 2

Cuando llegamos a mi casa, mi padre estaba sentado en un sillón meciéndose en el balcón. Bajé del carro y caminé al lado de Black y mi padre le preguntó cómo me fue. Al decir esas palabras me agarró por la cintura y me sentó en su falda mientras que Black le relataba lo sucedido. Así empezó la vida para aquel chiquillo inocente que dejó su alma tirada en el cuerpo de aquel individuo.

El tiempo fue pasando y le fui cogiendo el gusto al gatillo. Ya no temblaba, sino que sentía un hormigueo que corría por mis venas. A la edad de los 18 años, tenía varios muertos. Los miembros de la organización de la familia Ghetan me daban el respeto que un hombre espera cuando está jugando al juego rojo. En ocasiones, interrumpía las puertas de la casa que tenía mi padre a las afueras de California que usaba para sus reuniones y todos guardaban silencio como si fuera el propio jefe de la familia. Muchas veces me pregunté cuándo sería el día que escalaría a la próxima posición, hasta que, por fin, un día cuando regresé de hacer una ejecución muy importante para mi padre, me dieron la mejor noticia de mi miserable vida.

Mi padre me ordenó a sentarme y todos empezaron a aplaudir. Cuando terminaron, mi padre le dio órdenes a Black para que me entregara un regalo. Estaba protegido en una caja fuerte que, por cierto, de pequeño me daba mucha curiosidad, pero nunca me dio con tocarla. Ya no hacía falta. Ahí estaba frente a mis ojos marones esperando que la abriera. Coloqué mis manos trigueñas encima de ella y miré a mi padre y a todos los presentes con mucha alegría y sorpresa. Al abrirla, explotó aquella burbuja de trastorno de risas que cargaban recuerdos de la adolescencia. No pude creer lo que veía. Era un mugriento cuchillo de rebanar venados y era completamente de oro. No supe qué decir. Me quedé rematadamente frizado. Esperaba una pistola bañada en oro, o tal vez, 50 mil, o quién sabe si 100 mil, pero no. Esa cosa pasaría a ser mi acompañante desde ese día en adelante.

Mi padre dio un pequeño discurso del valor que tenía para él. Había dicho esa noche que su jefe se lo otorgó como símbolo de ser un perro guardián y fiel. Pero lo más importante de ese relato, fue que lo nombraron jefe de su propia organización esa noche y cuando terminó, se levantó. Sacó su pistola y boom, boom, boom, le retrató la 846 con cada disparo frente a todos los presentes, a Black en la cabeza. Todos nos quedamos paralizados porque Black era su perro fiel. Era mi maestro, mi tío, mi sangre querida. Era todo en la vida de mi padre. ¿Qué fue lo que pasó? No lo supe en ese momento. Estaba a punto de descubrir un secreto aterrador. En ese momento lunático mi padre mandó a salir a todos

menos a mí y me dijo:

—Este perro me ha vendido con los federales. No sé cuántos más habrán envueltos, pero quiero que te encargues de todo lo del y de la familia. ¿Me entiendes? De mi parte no te preocupes. Me iré lejos y después te avisaré para vernos. Por el momento es mejor que no sepas, ni mucho menos, te atrevas a preguntar. Nadie sabrá dónde estaré.

Capítulo 3

Estaba todavía confrontando aquella escena cruel. No sabía qué contestar. Mi tío tenía mucho peso en sus lomos. Era demasiada responsabilidad, pero, al fin y al cabo, no tenía de otra. Tenía que respaldar esa petición, aunque no me agradara y le señalé con un gesto que sí. Y para darle más gratitud a mi lealtad le susurré en medio de un abrazo que por él ponía mi cabeza al frente del juego, que se fuera tranquilo. Luego mi padre caminó hacia la ventana que daba hacia el mar y dijo mientras la abría:

—Manda a entrar a la familia.

Así lo hice. Eran ocho hombres, nueve conmigo y diez con el pobre Black. Todos estaban muy serios. Se podía oler el miedo... Mi padre se volteó y caminó hacia su asiento, pero no lo ocupó, si no que me ordenó a levantar del mío y me sentó en su silla. Y entre risa empujada por un enorme sentimiento amargo clavó con claridad:

—Tommy se encargará de ahora en adelante de todo. Él será el próximo jefe de la familia Ghetan. ¿Hay alguien a quien no le agrade mi decisión?

Nadie se atrevió a empuñar nada. Solamente se entre lasaban miradas turbias en los presentes para luego levantarse de sus repugnantes asientos y besar mi mano derecha disimulando la incómoda decisión envueltos en aplausos patéticos sin lealtad. Al fin, era el jefe. Las reglas iban a cambiar para bien, o para mal. No había otro camino. No había otro destino feroz.

Aquella voz aguda llena de poderío acaparó nuevamente la atención de todos y en especial la mía. Dictaminó que cogiera el cuchillo y cortara la cabeza a mi tío y la lanzara en el cuartel de policía. Con esas palabras se marchó. Además, fue su última orden. No por el hecho de cederme su trono, sino después que salió, unos sicarios lo interceptaron en una luz roja y lo acribillaron a él y a sus guardaespaldas. Pero no lograron matarlo en el momento.

Cuando llegué a la habitación, él estaba postrado en el lecho con un montón de artefactos y mangas que mantenían su deprimente vida. Tomé su mano y se la prensé y le juré que lo vengaría. Mi padre sacó fuerzas de donde no las tenía y abrió sus ojos grises con mucha dificultad. Se extrajo el antifaz de oxígeno y con mucha dificultad en su hablar me pidió que me acercara. Llevando la orejuela a su boca me espetó el nombre del personaje que había dado la orden y después continuó rematando mi veneno que fue construido por su mentalidad

maquiavélica.

—Ten cuidado con esos que se sientan a tu lado fingiendo ser buenas ovejas porque al final del juego, terminan sacando sus colmillos y estarán listos en cualquier momento para devorarte.

También me dijo que no profanara del poder que se me concedió. Que lo utilizara sabiamente ya que de la noche a la mañana las tormentas soplan y los más duros terminan cayéndose sin dejar huellas en su camino. Se desaparecen como estrella fugaz en el cielo que nunca se sabe a dónde va y apretando mi mano, murió.

Capítulo 4

Ese día explotó toda esa maldad que traía escondida dentro de mí. Ese monstruo asesino terminó de devorarme. No dejó escapar su oportunidad. Me ató con cadenas en sus garras y los enemigos de mi padre vieron salir las almas de sus familias frente a sus desesperados ojos. Los consumí y no a fuerza de balazos, sino que le brindé honor y tributo a mi padre utilizando el cuchillo que con tanto amor heredé. Los devoré como corderos al matadero. Los envenené como serpientes en celo con sufrimiento y gemidos perpetuos al ver a sus pequeños hijos e hijas degolladas.

Hoy uso una Biblia para cargar el peso de mi locura. En estas paredes he encontrado eso que dicen los cristianos de la fe, pero la verdad no sé cuánto tiempo pasará en encontrar una transformación que libere esos muertos de mi conciencia. A veces miro por el tragaluz que acompaña la habitación pequeña en la cual vivo y a lo lejos veo familias paseándose de un extremo a otro. Las emociones y la imaginación que mis ojos marones transmiten galopan en esa familia que nunca tuve...sólo tuve un padre que me mostró lo real y cruel que puede ser la vida y gracias a esa crudeza, hoy me pudro en estas cuatro paredes. Ellas son mi tormento, son mis amigas. Ellas tratan de devolverme mi alma.